

LA CORRIDA DE TOROS Y SU SIGNIFICADO OCULTO

por Francisco-Manuel Nácher

NOTA PREVIA IMPORTANTE: El que la simbología sea perfecta y el que las corridas de toros, en su origen, en tiempos remotos, y con distintas exigencias morales, fueran una representación religiosa, no cambia el hecho de que, para la sensibilidad alcanzada por la Humanidad en nuestros días, se trate de algo innecesariamente cruel y opuesto a los más elementales principios del amor y el altruismo y, por tanto, reprobable desde el punto de vista de la ciencia oculta. Pero resulta ilustrativo meditar sobre sus contenidos ocultos.

El mito de la expedición de los Argonautas en busca del Vellochino de Oro - representación simbólica del cuerpo-alma - expresa, sin decirlo, que el acontecimiento relatado tenía lugar cuando se estaba realizando el paso, por precesión de los equinoccios, de la era de Tauro a la era de Aries, y ello supuso que las religiones que habían representado a Dios por un toro (Buey Apis, toros de Asiria y Babilonia, pueblo judío antes de salir de Egipto, civilización de Creta, nuestros Toros de Guisando, etc.) pretendiendo poner el acento en la virtud de la fortaleza divina, estaban pasando a destacar la mansedumbre, la bondad y la humildad del cordero, cambio que tuvo lugar entre el tercero y el segundo milenio antes de Cristo.

Pues bien, nuestras actuales corridas de toros tienen su origen en aquella lejana época en que el toro pasó a ser, de representante de la deidad, a representante de las pasiones, los vicios y lo negativo que el aspirante a la vida superior en la nueva época había de vencer a toda costa. Baste recordar al efecto la reacción de Moisés cuando, al bajar del Monte Sinaí con el Decálogo, descubrió que su pueblo había vuelto a adorar al becerro de oro, es decir, había regresado a la religión de la era de Tauro. Seguramente, en las Escuelas de Misterios de entonces, existieron las corridas de toros.

Vamos, pues, a extendernos sobre este asunto, muy interesante, sobre todo para los españoles, contando con que la “fiesta” ha sufrido muchos

cambios y regulaciones pero que, curiosamente, no han hecho, sino destacar sus simbolismos.

En realidad, una corrida de toros no es sino la escenificación simbólica de lo que supone la subida del Monte de la Evolución por el atajo de la Iniciación, sendero que escogen unos pocos, a diferencia del camino ordinario, elegido por la mayor parte de la Humanidad. Como Cristo dijo, “el camino es angosto y empinado” y “muchos son los llamados y pocos los escogidos”.

La simbología, como se comprobará, es perfecta:

La arena, el ruedo, es la vida. El público son nuestros semejantes, el mundo, en el que hay de todo: Gente avanzada y gente atrasada, gente buena y gente no tan buena, gente que comprende y gente que exige, gente que se emociona y gente que razona, gente ardiente y gente fría... Y todos ellos presencian la corrida y hablan y gritan y opinan y actúan e intervienen, a su manera, en el desarrollo del espectáculo.

La carrera del aspirante comienza como arenero: Nivelando la arena, la materia, es decir, limando las mayores asperezas de su carácter, eliminando los mayores defectos, los más ostensibles, los que, de persistir, harían imposible la lidia y, por tanto, el triunfo.

Cuando se ha dominado ese arte de eliminar los defectos más importantes, cuando ya se carece de ellos, se pasa a mono sabio. Entonces ya se está cerca del toro. Cierto que la actuación es mínima, pero el ánimo se va templando al ver al enemigo cara a cara y a su mismo nivel, aunque sea con la protección del picador y del caballo.

Adquirida la destreza suficiente, se pasa a enfrentarse directamente con las pasiones. Pero, débil aún, el aspirante les hace frente desde lejos, hostigándolas mediante una larga pica y subido en un caballo – símbolo del Yo Superior - para ir debilitándolas poco a poco. Se aprende entonces a resistir con brazo firme las embestidas de la fiera y hasta a aprovecharlas para debilitarla haciéndole perder fuerza. Y se nota que el cuerpo-alma o vehículo espiritual del neófito se está desarrollando, puesto que ya viste un traje de luces; aún modesto, sólo de plata, pero que ya brilla por sí mismo. A medida que progresa en el Sendero, su traje se irá enriqueciendo con nuevos destellos.

Dominado ese estado, se puede uno ya enfrentar a la bestia pie a tierra. Aún no de modo definitivo ni sólo en el ruedo, pero puede hostigar a sus pasiones, mirándolas de tú a tú, a su mismo nivel y sin intermediarios. Por eso el banderillero ya no espera la acometida de las

pasiones. Ahora se atreve ya a salirles al paso y atacarlas y debilitarlas más aún. Y su traje es más rico y más luminoso que antes.

Cuando se ha logrado dominar el arte anterior, se puede uno ya enfrentar al toro sin más arma que el capote. Antiguamente el capote era color púrpura, es decir, la suma o la mezcla del azul, el color del Padre y el rojo, el color del Espíritu Santo, porque en aquella época el Hijo aún no había hecho su aparición en la Tierra. Aún la muleta conserva ese color. El capote, sin embargo, ha adoptado ya, en una de sus caras el color amarillo, el del Hijo. Con la ayuda, pues, de la Santísima Trinidad, es decir, de su triple espíritu, su voluntad, su sabiduría y su actividad inteligente, el neófito se enfrenta a sus pasiones y aprende a detener sus envites y a desviarlas sin que le afecten.

En un estadio posterior, muleta en mano, aprenderá a dominarlas, a burlarlas, a amaestrarlas, es decir, a "parar, templar y mandar".

Y, cuando ya domina ese grado, armado con el estoque de la voluntad, en el momento oportuno, las matará, – como San Jorge mataba el dragón - es decir, las destruirá, las eliminará del propio carácter para siempre. Y el lidiador, el aspirante, mediante la "alternativa" de un Maestro, es decir, de un ya iniciado, se convertirá también en un iniciado, en un "Maestro". Y, curiosamente, aún se les llama así, "maestros", como a los hierofantes de los Misterios. Por eso el traje del "matador" de sus pasiones, es de oro, o sea, que se ha desarrollado completamente y, como el de todos los Maestros, es luminoso y brillante. Es el "vellocino de oro" de los griegos, el "cuerpo del alma" de que habla San Pablo, el "dorado vestido de bodas", imprescindible para asistir al banquete nupcial, de que nos habla la parábola de Cristo.

Según el nivel alcanzado por el lidiador en su evolución personal, serán las adquisiciones que su trabajo le proporcione. Y así, terminada con éxito la lidia, para un primer grado la consecución será el dar la vuelta al ruedo, es decir, tendrá que volver al mundo y vivir en él y mezclarse con los demás hombres. Y éstos le obsequiarán con los objetos que más estiman y se los ofrecerán, es decir, lo tentarán. Pero él, agradeciéndolos, los devolverá, es decir, no caerá en las tentaciones que, de buena o de mala fe le tiendan sus semejantes. O le increparán e insultarán y despreciarán, y él deberá saber dominar las emociones que ello le pueda producir.

En un nivel superior de evolución, obtendrá y se le otorgará una oreja del morlaco. Lo cual significa que el iniciado habrá adquirido la clariaudiencia, es decir, la posibilidad de escuchar los sonidos de otros

planos de existencia; las voces de los ángeles, denominadas esotéricamente como "el lenguaje de los pájaros"; la Sinfonía de las Estrellas, el concierto que las notas clave de todos los astros interpretan en la caja de resonancia del Cosmos y que, esotéricamente se denomina "la Lira de Apolo"; la "Voz del Silencio", es decir, la del Cristo Interno, que susurra permanentemente llamándonos por el buen camino.

En un grado más arriba de progreso, recibirá las dos orejas, o sea, que habrá desarrollado, además, la clarividencia, la posibilidad de contemplar los demás planos de existencia; y será capaz de ver a los difuntos en sus vidas post mortem y a los ángeles y a los Luciferes y a todos los habitantes de los mundos superiores e inferiores al mundo físico que todos percibimos.

En un escalón superior evolutivo, la recompensa consistirá en el rabo, lo cual significa que habrá adquirido la facultad de espantar con toda facilidad cualquier intento de cualquier habitante de otro plano que desee influenciarle, de cualquier modo que sea, y que será inmune a los pensamientos y deseos y maquinaciones ajenas que en otras circunstancias podrían afectarle negativamente.

Y, en un último grado de desarrollo, el premio será una pata. Lo cual simboliza la capacidad de poder trasladarse a voluntad por los distintos mundos.

Concluída la faena, si ésta fue lo suficientemente buena, obtendrá la Liberación, representada por la salida a hombros por la Puerta Grande, lo cual significa que se ha elevado sobre el nivel medio de la Humanidad - pero gracias a ella, y por eso se apoya en los hombros de otros hermanos y les será deudor.-, y que se ha adelantado a sus semejantes en la evolución y por ello, ya que ha sido capaz de vencer a la muerte, es decir, de adquirir la conciencia permanente, o sea, la memoria ininterrumpida entre sueño y vigilia y entre vida y muerte, ha traspasado el Portal que conduce a la inmortalidad.

* * *